

Medios comunitarios: el reto de formar(se) para la inclusión

Tradicionalmente concebidos como medios opuestos al poder, fuera éste el expresado por la racionalidad mediática o por los gobiernos que se sucedieron en la última etapa de la llamada Cuarta República, los medios comunitarios venezolanos muestran hoy una nueva faz: lejos de jugar el papel que tradicionalmente desempeñaron en el pasado siglo, como fue la búsqueda de visibilidad y el respeto de las minorías excluidas, hoy parecieran sostener posiciones que contribuyen a profundizar la exclusión y la intolerancia políticas. Que sus hacedores puedan superar esta limitación pasa, entre otras cosas, por el desarrollo de un esfuerzo de formación desde una perspectiva hermenéutica

■ Raisa Urribarrí

Comunicación comunitaria, popular, horizontal, de base, alternativa...o como se le haya calificado desde que comenzó a ocupar lugares en los espacios dedicados al debate y al estudio de los fenómenos comunicacionales, lo cierto es que, al menos en Venezuela, la discusión sobre su definición, características, modalidades y, sobre todo, sus alcances, perspectivas y retos son temas de suma vigencia.

En las últimas décadas del pasado siglo, aludir en el país a algún tipo de experiencia comunicativa de corte popular pasaba por, de antemano, presumirla opuesta al poder establecido, fuera éste el mediático, expresado en la racionalidad de los medios masivos, o al de los gobiernos que se sucedieron a lo largo del período democrático, especialmente a partir de los años 70.

Es en los albores del siglo XXI, con la llegada al poder del hoy reelecto presidente teniente coronel Hugo Chávez, especialmente a partir del año 2002, cuando esta última característica comienza a desdibujarse con celeridad y estos medios a multiplicarse de forma inusual, como lo ha advertido el investigador Marcelino

Bisbal (2006) quien, al dar cuenta de cómo se ha gestado la construcción del “Estado Comunicador”, anuncia la aparición de una “avanzada alternativa”.

Sin contar los periódicos e innumerables sitios de internet, y dejar de considerar cifras más abultadas provenientes de otras fuentes, ya es alarmante que, según números oficiales de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones (Conatel), en apenas cuatro años (mayo 2002-abril 2006) se hayan habilitado 193 nuevos medios radioeléctricos: 166 radioemisoras y 27 estaciones de TV.

Con el argumento de estar enfrentando una guerra mediática que cobró su máxima expresión durante el llamado *apagón* informativo del 12-13 de abril de 2002, a partir de ese momento el gobierno comienza a desarrollar múltiples y variados esfuerzos destinados a acaparar todos los medios, lo cual ha llevado a que reputados investigadores, como Antonio Pasquali –de forma por demás lapidaria– califiquen al Jefe del Estado como un *déspota comunicacional*¹.

Estas iniciativas, que incluyen el copiamiento de los medios públicos estatales con el mensaje oficial, la compra de me-

Formación significa poder contemplar las cosas desde la posición del otro (...) aprender a entender al otro desde sus puntos de vista.

Hans-George Gadamer

dios privados, el desarrollo de una plataforma digital de avanzada que permite la circulación *urbi et orbi* de la voz gubernamental y el anuncio de la no renovación de la concesión a la televisora de señal abierta de más larga data (RCTV), entre otras, han alcanzado también a los medios comunitarios que, al paralizarse, como destaca el informe de seguimiento del Plan de Acción de Québec (2005) “han contribuido a profundizar la intolerancia política”.

Como señaló Elías Santana en una de sus columnas del diario El Nacional, a propósito de la celebración en el año 2003 de un encuentro de experiencias de comunicación alternativa en la que prevalecieron los medios pro oficiales, en los años setenta y ochenta, cuando estas iniciativas, verdaderas proezas económicas, técnicas y cívicas cobraron mayor auge, salvo gobiernos regionales o alcaldías, a través de tímidos aportes, no existían instancias del Estado con especial disposición a estimular a grupos cívicos o comunidades organizadas para que tuviesen sus propios medios de comunicación. De allí que haya advertido con preocupación que la profusa oleada de medios llamados comunitarios y la constatación de que buena parte de ellos no pasan de ser empresas disfrazadas para evadir las regulaciones propias del sector privado de la comunicación, o estaciones al servicio de un proyecto partidista, deberían ser tema de análisis y reflexión.

Hoy, tres años después, este es un hecho más que evidente. A pesar de que los investigadores tengamos como tarea pendiente un minucioso análisis de contenido y un amplio monitoreo radioeléctrico que nos permita brindar más y mejores argumentos a favor de esta tesis, basta por ahora con leer periódicos como *Pólvora en la calle*, ver canales de televisión como *Catia TV*, canal 41 UHF de Caracas, o escuchar algunas de las radios comunitarias que han sido recientemente habilitadas, como *Tierra Libre* (107.7 FM), de Trujillo.

Aunque voceros de estas emisoras de nuevo cuño, como Ramón Martínez, representante de *Radio Libre Negro Primero* (101.1 FM), de Caracas, hayan negado que las radios comunitarias estén atadas a la política comunicacional del gobierno, contradictoriamente también han afirmado que “miles de comunicadores comunitarios hoy día, muchos nucleados en ANMCLA –la Asociación Nacional de Medios Comunitarios, Libres y Alternativos–, y muchos por fuera, con

“

El financiamiento, apunta Alfonso Gumucio (2006), ha sido siempre una limitante para la existencia de medios comunitarios realmente autónomos. En ocasiones, cuando el Estado proporciona el apoyo, también condiciona los contenidos y ejerce una censura abierta o velada y lo ideal es que ellos ofrezcan soluciones propias a las necesidades de comunicación de los sectores populares

”

los más diversos formatos en que se expresan, están transmitiendo mensajes a través de todas las comunidades. Y todo esto fortalece la Revolución Bolivariana”². Para corroborarlo, basta con acceder al portal de ANMCLA, en la que un afiche alusivo a la “victoria popular” del presidente Hugo Chávez ocupa el lugar central³.

Aunque la ausencia de un diagnóstico exhaustivo, repetimos, nos impida afirmar que la tendencia pro gobierno de los medios comunitarios de reciente data sea uniforme, no luce descabellado destacar que se observa como mayoritaria, a pesar de que gestores de algunos de larga tradición, como Radio Fe y Alegría, al intentar distanciarse de esta modalidad que proponemos calificar como *gobunitaria* (Bisbal los califica de medios para-estatales o para-públicos), hablen de una comunicación de intermediación social poniendo de manifiesto, para decirlo con una expresión coloquial, que no son todas las que están.

Indudablemente, también este sector se encuentra pleno de tonalidades y algunas emisoras deben, suponemos que con bastante dificultad, tratar de mantener su autonomía y un tono crítico, sobre todo si dependen, como el caso de las radioeléct-

ricas, de la habilitación de Conatel para operar la frecuencia del espectro y, en casi la totalidad de los casos, también del financiamiento oficial para la adquisición de equipos, capacitación, adecuación de la infraestructura e, incluso, constitución de las fundaciones que los gestionan.

Según cifras oficiales de Conatel, sólo en dos últimos años (2004-2006) 108 organizaciones recibieron, a través del Fondo de Desarrollo para las Emisoras de Radiodifusión Sonora y Televisión Abierta Comunitarias de Servicio Público sin Fines de Lucro, cerca de *cuatro mil millones de bolívares*. Esta situación, cabe nuevamente resaltar, no era usual en el pasado cuando los grupos y organizaciones populares, a pesar de tener conciencia de la necesidad de acceder a los medios, o de poseerlos, carecían de recursos para ello.

El financiamiento, apunta Alfonso Gumucio (2006), ha sido siempre una limitante para la existencia de medios comunitarios realmente autónomos. En ocasiones, cuando el Estado proporciona el apoyo, también condiciona los contenidos y ejerce una censura abierta o velada y lo ideal es que ellos ofrezcan soluciones propias a las necesidades de comunicación de los sectores populares, vale decir, que recojan el pálpito de la comunidad, el pulso de la vida cotidiana y no que operen como un pálpito, estableciendo una prédica unilateral.

Es por ello que resultan alentadoras algunas reflexiones a lo interno de ese mismo sector. Según la sistematización hecha por Cristóbal Alva (2004) en un trabajo que da cuenta de la enorme cantidad y variedad de nuevas experiencias que han surgido, ya comienza a ponerse de relieve, desde el propio titular en forma de interrogación (*Las redes de comunicación popular en Venezuela ¿populares? ¿alternativas? ¿comunitarias?*), la necesidad de “profundizar modos de tratamiento de los contenidos que permitan aproximarse más a las ricas valoraciones presentes en las culturas populares, orientación hasta ahora algo relegada por la beligerancia política (neurosis de la coyuntura)”.

De alguna forma esta autocrítica hace suponer que algunos de sus hacedores comienzan a darse cuenta de que, ni desde la forma ni desde el fondo, están interpretando a cabalidad los lenguajes, los formatos, el imaginario y la diversidad de los acentos populares.

Pero a propósito de esta necesidad, de la urgencia de superar la beligerancia, de

impulsar la inclusión, de retratar al país desde la pluralidad de las voces que lo constituyen, es pertinente recordar que ello no es sólo tarea de los medios comunitarios. En ese sentido, los medios públicos, pero también los privados, están llamados a la apertura si el discurso que se promueve, acerca de la democracia y la libertad informativas, se pretende coherente.

En ese sentido, lucen interesantes ciertas iniciativas como la del diario *El Nacional*, que, bajo la figura de los consejos editoriales, ha comenzado a incorporar a la discusión sobre el abordaje y tratamiento periodístico de las fuentes tradicionales a protagonistas de cada sector, intelectuales, académicos y especialistas. Hasta ahora es una práctica incipiente sin mayores definiciones metodológicas acerca de su instrumentación, pero sin duda constituye un avance.

¿SERÁ POSIBLE CONSTRUIR JUNTOS?

También en la provincia algunas propuestas similares están teniendo lugar, como la que se desarrolla desde hace un par de años en el *Diario de Los Andes*, periódico que circula en los estados Trujillo, Táchira y Mérida. Allí, bajo la responsabilidad de la Red de Reporteros Populares (RRP), tiene lugar un proyecto cuyo objetivo central es darle visibilidad y promover la articulación de actores y grupos que trabajan a favor del desarrollo humano y social, vinculados con todos los espectros políticos que hacen vida en la región, sin exclusiones. Los editores, en alianza con esta red cívica e inspirados en las ideas de “periodismo cívico participativo” expuestas por Shayne Bowman y Chris Willis en su célebre “Nosotros, el medio” (2005), le apuestan con ello a la democracia informativa sin temor de correr riesgos.

Nacida en el seno de la Escuela de Liderazgo y Valores, una experiencia de innovación educativa con fuerte impronta comunitaria que cobija la universidad privada Valle del Momboy, la RRP, integrada por miembros de asociaciones civiles, juntas comunales y parroquiales, cooperativas, ONG, jóvenes, estudiantes de comunicación social y académicos, entre otros, publica semanalmente cuatro de páginas dedicadas a informar sobre asuntos de interés local y a promover la organización ciudadana desde una perspectiva plural en la que no está exenta la crítica y la autocrítica.

“

Se planteó entonces el desarrollo de una dinámica comunicacional donde los receptores fueran los sujetos del proceso. Para eso hizo falta que la comunidad se involucrara con el medio. Que ésta asumiera este rol pasó por generar los espacios para que la gente escribiera sus historias, hablara de sus problemas y sugiriera propuestas de solución, pero, sobre todo, reflexionara críticamente sobre su quehacer

”

Hoy, cuando la polarización —la cual, es preciso resaltar, también algunos medios contribuyen a consolidar— pudiera no dejarnos resolver en paz y armonía nuestros conflictos políticos y sociales, es necesario analizar con detalle estas iniciativas para imaginar e intentar abrir vías que nos ayuden a desatar el nudo que atezca y asfixia la convivencia nacional.

La RRP, aunque de reciente data, se inserta sin embargo en una larga tradición. De alguna manera parte y toma como referencia el proyecto de comunicación popular *Construyamos Juntos* una propuesta que nace en la Valera de 1986, época en la que una vocería popular empezaba a hacerse sentir con bastante fuerza. La ciudad y el estado Trujillo, en general, era en ese entonces un laboratorio de pujante organización comunitaria necesitada de espacios de interacción, articulación, proyección y reconocimiento social. El periódico decidió no estar de espaldas a esa realidad y se dedicó a atender a estos sectores como un asunto de responsabilidad social empresarial.

Este proyecto, cuyo objetivo inicial fue la publicación quincenal de cuatro páginas dedicadas al mundo de vida comunitario, pronto cobró personalidad propia al dedicarse a reseñar —con el apoyo de gru-

pos y organizaciones populares— las múltiples y variadas vivencias de los sectores que, de manera organizada, estaban trabajando para superarse a sí mismos y conseguir —gracias a su propio esfuerzo— mejores condiciones de vida para ellos mismos y sus comunidades.

Habiendo masticado las teorías de la comunicación alternativa, en boga en las escuelas de comunicación social del país en esa época, a quienes gestionaban *Construyamos Juntos* la idea que los animaba no era sólo “cubrir” la fuente comunitaria, sino propiciar la valoración de la dimensión comunicativa en el trabajo de organización popular, a través de la elaboración de un periódico hecho por las organizaciones y líderes comunitarios.

Se planteó entonces el desarrollo de una dinámica comunicacional donde los receptores fueran los sujetos del proceso. Para eso hizo falta que la comunidad se involucrara con el medio, ya no como espectador, sino como protagonista. Que ésta asumiera este rol pasó por generar los espacios para que la gente escribiera sus historias, hablara de sus problemas y sugiriera propuestas de solución, pero, sobre todo, reflexionara críticamente sobre su quehacer.

En consonancia con las ideas de esa época, el equipo promotor asumió como un reto importante tratar de “descodificar” la realidad buscando entender qué se escondía detrás de lo aparente. No pocas veces este medio se convirtió en la voz crítica de una comunidad cada vez más defraudada pero, al mismo tiempo, esperanzada y comprometida. La apropiación del medio permitió entre otras cosas la comprensión de sus lógicas de producción y su desmitificación. Se descubrió que “salir en la prensa” era un derecho de todos los sectores sociales. Mujeres y hombres del común vinculados a organizaciones de base lograron “echar sus cuentos”, escribir sobre sus luchas y aspiraciones y dar a conocer sus visiones y expectativas.

A lo largo de cinco años de trabajo el proyecto se extendió a otras ciudades de Trujillo y de los otros estados andinos; se creó la Red Nacional de Comunicadores Populares y la Escuela Andina de Comunicadores Populares “Mario Kaplún”, con el objetivo de capacitar a los grupos populares para la comunicación alternativa. En estos estados llegaron a editarse 22 periódicos en una imprenta propia que, incluso, generaba pequeñas ganancias, debido a que se utilizaba también para edición a terceros.

La experiencia germinó rápido y fue fecunda, pero al cabo de siete años, cuando las medidas de ajuste macroeconómico se hicieron sentir con fuerza, al inicio de los años noventa, la experiencia fue perdiendo vigor hasta desaparecer. Los grupos comunitarios y ONG locales que le daban sustento y proyección, como en otros países de la región, comenzaron a participar en la ejecución de algunos programas sociales convenidos por el Estado con los entes multilaterales lo cual contribuyó a que algunas se convirtieran en simples instrumentos y/o mediaciones a bajo costo y pasaran a depender de fondos externos, limitándose así su autonomía.

La instrumentación de los programas sociales implicó la realización de exigentes actividades de carácter administrativo por lo cual gran parte del tiempo y las energías de las organizaciones se volcaron hacia este tipo de trabajo, en desmedro de la promoción de programas surgidos de su propio seno. En cierto modo ello es el origen del desdibujamiento de su quehacer y de la pérdida de su significado y proyección en las comunidades.

Algunas de estas ONG se convirtieron en “cascarones”, con más funcionarios que activistas, escenarios donde se desarrollaban luchas internas entre quienes se empeñaban en mantener una estructura cada vez más burocratizada, pero solvente desde el punto de vista financiero, y quienes clamaban por la urgencia de retomar, con frugalidad, la construcción de proyectos propios que le dieran sentido y pertinencia social, en pocas palabras, legitimidad ante una sociedad urgida de transformaciones de fondo.

En la actualidad, de forma independiente y sin ningún tipo de vinculación entre ellos, algunos grupos y personas que participaron en Construyamos Juntos siguen vinculados a iniciativas de comunicación comunitaria. Sólo su inicial coordinadora, quien se desempeñaba como reportera de la fuente comunitaria en el Diario de Los Andes en 1986 y suscribe este texto, participa en la RRP que surge hoy, 20 años después.

NOS-OTROS

Durante este lapso, indudablemente muchos cambios han operado a escala mundial y en el propio continente. Sin contar con las transformaciones políticas de fondo ocurridas tras la caída del muro de Berlín y la progresiva desaparición del llamado socialismo real, la explosión tec-

“

Es necesario, como apuntan Alirio González y Clemencia Rodríguez (2006) dejar de mirar la comunicación como un instrumento

y comenzar a entenderla como la práctica misma de la democracia.

Los medios, apunta esta dupla, deben “ser valorados como espacios comunicativos donde –desde la interacción– los sujetos se apropian de su futuro mientras cuentan el mundo en sus propios términos”

”

nológica que ha contribuido con la globalización de los mercados también ha fragmentado los públicos cuyo diario intercambiar simbólico se realiza en medio de un contexto sociocultural cada vez más marcado por lo mediático. Lo que estamos observando, como advierte Clifford Geertz citado por Marcelino Bisbal (1998), “no es otro simple trazado del mapa cultural (...) sino una alteración radical de los principios de la propia cartografía. Algo que está sucediendo al modo en que pensamos sobre el modo en que pensamos”.

A nuevos escenarios y nuevas realidades no podemos seguir ofreciendo las mismas respuestas ni interpretaciones. Es necesario, como apuntan Alirio González y Clemencia Rodríguez (2006) dejar de mirar la comunicación como un instrumento y comenzar a entenderla como la práctica misma de la democracia. Los medios, apunta esta dupla, deben “ser valorados como espacios comunicativos donde –desde la interacción– los sujetos se apropian de su futuro mientras cuentan el mundo en sus propios términos”

Hoy, con base en la evaluación de las experiencias pasadas y tomando en cuenta las nuevas configuraciones políticas y socioculturales, entre las que destaca la globalización de las comunicaciones, que ha am-

pliado los espacios de socialización y favorecido la conexión e intercambio entre activistas sociales a escala internacional, las iniciativas comunicativas de corte comunitario deben tomarse cada vez más en serio la tarea de (auto) formación de sus hacedores, esto es, la generación y el desarrollo de las facultades para leer en un sentido hermenéutico, vale decir, como comprensión e interpretación.

Más allá de las críticas con base en su racionalidad instrumental, si algún beneficio nos ha traído la explosión de las telecomunicaciones es la posibilidad de un rico intercambio simbólico y cultural. Y como acertadamente señala María Elena Ramos (2006) “la cultura es lo contrario del pensamiento homogéneo, de una sola dirección. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad e identidad en el tubo político de una idea central que se espera que repitan y coreen todos”. Es por ello que, lejos de los enfoques, no sólo positivistas de la educación, sino también de la vieja tradición humanista que la concibe como cultivo de la sensibilidad y del carácter, la formación, categoría central de la hermenéutica filosófica (Gadamer, 1999) llama a un entendimiento de fondo que incluye la apertura hacia los puntos de vista de los otros.

Aprender a leer –desde esta perspectiva– es crucial, pues lo que somos se construye en un horizonte histórico, incluyendo las narrativas en las cuales nacemos sin tener conciencia de ello. Una narrativa histórica no es una relación de eventos, es lo que se construye para explicar, justificar y dar coherencia, a través del tiempo, a ella misma y a su mundo. En la compleja sociedad que vivimos, donde los medios reproducen pero también producen una realidad caótica, fragmentada, múltiple y difusa, la lectura, como propone Jorge Larrosa (2003), no es una ciencia infusa sino un arte que debemos cultivar.

El objetivo actual de los medios comunitarios, como apunta José Ramos (2006), debería estar dirigido a superar miopes dicotomías y a “favorecer la construcción de ciudadanía, entendida ésta como el ejercicio de una política cotidiana que tiene lugar en las distintas dimensiones de la vida”.

Más que comunitarios, debería primar hoy la denominación de medios ciudadanos, propuesta por la investigadora y activista social colombiana Clemencia Rodríguez (2001), con la que se enfatiza su capacidad para propiciar el cuestionamiento de las relaciones de poder y el desarrollo de nuevas y activas formas de

participación en los asuntos públicos. El término comunidad, además, como advierte el ensayista inglés Richard Sennett (2001) puede ser socialmente engañoso y ocultar, como una máscara construida a partir de un *nosotros* falsamente homogéneo, el miedo a acoger dentro de sí al distinto, al diferente. Y el pronombre *nosotros*, como ha explicado el filósofo y filólogo venezolano José Manuel Briceño Guerrero (1997), “se parte en *nos*, forma latina original, y *otros*, separado por guión, para indicar la presencia en nos de una alteridad”.

EL RETO DE LA INCLUSIÓN

Construyamos Juntos y la RRP son dos casos ciertamente atípicos. Ambos proyectos se incuban al interior de un medio privado y ello las hace experiencias extraordinarias en el sentido de lo inusual. Sería interesante revisarlas a fondo y calibrar sus potencialidades a la luz de los esfuerzos que deben hacerse a favor de la democratización de las comunicaciones. En un clima de agobiante polarización política como el que padecemos, la obligación de abrir espacios públicos y privados para que se escuche y armonice la pluralidad de voces que conforma el cuerpo social es tarea de todos.

En el seminario *Venezuela, más allá de Políticas y Medios* auspiciado por la Universidad Católica Andrés Bello y la Unión Católica de Periodistas en enero de este año, Fernando Ruiz, director del Observatorio Periodismo y Democracia en América Latina, afirmó que en un país puede hablarse de democracia informativa, entre otras cosas, cuando el sistema de medios muestra un buen nivel de representatividad popular y la crítica está institucionalizada.

Para llegar a ello, destacó el periodista y académico argentino, es necesario tener como regla dar la voz a todo el mundo, dejar claro cuando ello no sea posible porque alguien no quiera hablar, trabajar más la información que la opinión y tratar la polarización como una epidemia social.

La construcción de un verdadero diálogo interpersonal y social supone la escucha, pero cuando subrayamos la necesidad de *parar las orejas* no nos referimos únicamente a los medios privados, sino también a los públicos, que tienen como obligación ser voceros de la diversidad de posiciones e intereses que se expresan y constituyen la sociedad. Pero, sobre todo,

en el marco de estas reflexiones nos referimos los comunitarios, medios cuya vigencia estaba dada por la necesidad de expresión y la defensa de los derechos de las minorías.

Actualmente, en no pocos casos y ocasiones, absorbidos por uno de los polos en relación antagónica, muestran y fomentan posiciones excluyentes como si fuesen poseedores de una única verdad, cuando –por el contrario– deberían representar, en palabras de González y Rodríguez (2006) “la polivocalidad mediatizada de una comunidad”.

A los medios comunitarios no se les pide ni más ni menos que al resto de los medios, vale decir, contribuir con la construcción de un clima democrático, con la paz y la defensa de los derechos humanos. Si los medios de comunicación social deben hacer el esfuerzo de alejarse de los extremos del conflicto y garantizar el equilibrio informativo, más aún los medios comunitarios que, como señala Nancy Fraser, citada por González y Rodríguez (2006), están en la obligación de hacer visibles los contra-públicos es decir, los distintos actores sociales que “se encuentran con el fin de interactuar, debatir, conocerse, discutir, y en último término, tomar decisiones”.

Fomentar estas transformaciones pasa por el estudio, el análisis y la reflexión y si bien es cierto que en el campo de la comunicación popular es raro encontrar intelectuales o pensadores vinculados con el mundo académico, tampoco es menos cierto, como señala Rosa María Alfaro (2001), que quienes se mueven en el mundo de la práctica se niegan con frecuencia a la posibilidad de este quehacer con lo que, no sólo se restan a ellos mismos posibilidades de comprensión e incidencia, sino que, nos atrevemos respetuosamente a sugerir, los hace presa fácil de la manipulación. El sujeto popular debe ser desromantizado. Como propone la investigadora peruana, debe ser interpelado desde sus valores y prácticas. En Venezuela, los medios comunitarios tienen por delante este reto y para ello, qué duda cabe, es necesaria la formación. ¿Cómo hacerlo? He allí una pregunta mayor.

■ **Raisa Urribarrí**
Profesora e investigadora de la Universidad de Los Andes en el área de Comunicación, Educación y Nuevas Tecnologías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFARO, Rosa María (2001). Culturas populares y comunicación participativa: En la ruta de las redefiniciones. Disponible en: <http://www.ourmedianet.org/papers/om2001/MariaAlfaro.om2001.pdf>
- ALVA, Cristóbal (2004). Las redes de comunicación popular en Venezuela ¿populares? ¿alternativas? ¿comunitarias? Disponible en: http://gerenciasocial.org.ve/bsocial/bs_03/bs_03_pdf_point/jueves/redes_ca.pdf
- BISBAL, Marcelino (1998). “Pensar la Educación desde el espacio de la Comunicación”. *Comunicación*. N° 103 (22-27) Caracas: Centro Gumilla.
- _____ (2006). “El Estado-Comunicador y su especificidad. Diagnóstico inacabado y estrategias”. *Comunicación*. N° 134 (60-73). Caracas: centro Gumilla.
- BOWMAN, SHAYNE y WILLIS (2005). Nosotros, el medio. Cómo las audiencias están modelando el futuro de las noticias y la información. The Media Center. American Press Institute. Disponible en: <http://www.hypergene.net/wemedia/espanol.php>
- BRICEÑO G., José M. (1997). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila.
- CESAP e INVESP (2005). *Seguimiento del plan de acción de Québec. Informe Nacional de Venezuela (2001-2004)*. Caracas. Mimeo.
- GADAMER, Hans-Georg (1999). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GONZÁLEZ, Alirio y RODRÍGUEZ, Clemencia (2006). “Alas para tu voz. Ejercicios de ciudadanía desde una emisora comunitaria”. Belén de Los Andes (Colombia): Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Mimeo.
- GUMUCIO, Alfonso (2006). “La televisión comunitaria. Ni pulpo, ni púlpito: pálpito”. Etcétera (56-67). México. Disponible en: <http://www.etcetera.com.mx/pag56-67ane70.asp>
- LARROSA, Jorge (2003). *Entre lenguas*. Barcelona: Laertes.
- RAMOS, José (2006) “La radio comunitaria en México: lecciones aprendidas y claves para el futuro”. Santiago de los Caballeros (República Dominicana): Coloquio internacional sobre medios comunitarios, participación, sostenibilidad e identidad. Mimeo.
- RAMOS, María Elena (2006). “Desde la comunicación y la cultura. Nueve señales para pensar hoy la libertad” *Comunicación*. N° 134 (32-38). Caracas: centro Gumilla.
- RODRÍGUEZ, Clemencia. (2001) *Fissures in the mediascape. An international study of citizens' media*. Cresskill, New Jersey: Hampton Press, Inc.
- SENNETT, Richard (2001). *Vida urbana e identidad personal. Los usos del orden*. Barcelona: Ediciones Península.

NOTAS

- 1 *El Nacional*. 28-01-07 p.A-9
- 2 <http://encontrarte.aporrea.org/hablando/56/> Consultado el 27-01-2007
- 3 <http://www.medioscomunitarios.org/pag/index.php> Consultado el 27-01-2007